



SUMARIO. SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: La lluvia de estrellas.—El libre-pensamiento, por «Manuel Navarro Murillo.»—El equilibrio de la naturaleza.—Una suposicion y una duda, por «J. Salvat.»—En las orillas del mar, (poesía) por «N. de Leyva y Vizcarro.»—Dos cartas. (Narracion contemporánea) por «Vicente Blasco Ibañez.»—Cubiertas y anuncios.

Seccion Científico-Literaria

LA LLUVIA DE ESTRELLAS

ACERCA de este curiosísimo fenómeno, que tanto llamó el 27 de Noviembre la atención, dice lo siguiente una nota del Observatorio Astronómico:

«Al cerrarse la noche de este día 27 de Noviembre, en pleno crepúsculo todavía, y cuando apenas se vislumbraban las estrellas fijas más brillantes del cielo, comenzó á percibirse una verdadera y nutridísima lluvia de *estrellas fugaces*, ó de efimeros meteoros luminosos, radiantes todos por entonces de la region N. E. del firmamento, y que, describiendo arcos de círculo de mucha amplitud, se difundían por todo el espacio. Entrada ya la noche, el espectáculo adquirió notables caracteres de grandiosidad y de belleza, contándose por do-

cenas y por cientos los puntos luminosos, muchos de considerable magnitud aparente y de admirable resplandor, que al propio tiempo casi surcaban la bóveda celeste, como si emanasen, conforme desde un principio se advirtió, de la misma limitada region del firmamento; situada en la constelacion de Andrómeda.

«Aunque sorprendente y maravilloso como pocos, este fenómeno estaba, hasta cierto punto, previsto desde muchos años atrás, y era esperado con curiosidad y sumo interés.»

Los astrónomos se hallaban inquietos con la desaparicion del cometa de beta, sobre cuya suerte ó paradero reina gran incertidumbre.

La revolucion periódica del cometa se verifica en 6 375 años, y han trascurrido dos periodos desde la lluvia meteórica de 1872.

Si los meteoros ó corpúsculos de materia cósmica se hallan distribuidos ó diseminados á lo largo de la órbita cometaria, se manifestarán tambien en 1892, y más aun en 1905.

Este cometa beta se rompió en dos partes, durante su aparicion en 1846.

Este fenómeno de la lluvia de estrellas ha dado lugar á grandes supersticiones entre el vulgo.

Humboldt tuvo la suerte de observarlo en las regiones de la América meridional, y compulsando datos que suministra la historia, llegó á establecer el famoso período de su nombre, posteriormente corregido por Newton, de New-Haven.

Segun establece este período, cada treinta y tres años próximamente, el fenómeno toma increíble esplendor. Así esperábase con afan la noche del 13 á 14 de Noviembre del año 1866, en que iba á confirmarse ó desacreditarse el aserto de Humboldt.

Las predicciones y cálculos del sabio recibieron una confirmacion solemne.

En aquella noche, famosa entre los astrónomos, el cielo estuvo literalmente sembrado de meteoros, hasta mucho despues de presentarse los albores del nuevo día.

La curva trazada por Humboldt y el período establecido, indican que hasta el año 1900 no volverá á presentarse con el mismo esplendor que el año 1866; pero en este intervalo se reconocen varios máximos, que han sido perfectamente comprobados.

La teoría establecida supone que los meteoros observados en tales casos son debidos al paso de la tierra por las proximidades de un anillo de materia cósmica, que circula alrededor del sol con velocidad planetaria.

¿Pero éste anillo es continuo, ó tiene soluciones que expliquen las singulares anomalías que á veces presenta el fenómeno?

Esto es lo que la teoría no ha podido resolver aun, á pesar de la multitud de anillos y de masas cósmicas interiores ó exteriores á la órbita de la tierra, inventadas para explicar aquellas anomalías y las lluvias teóricas de otras épocas del año.

Tambien la lluvia de estrellas se observó en la Isla de Cuba en las noches del 12, el 13 y el 14 de Noviembre próximo pasado.

EL LIBRE-PENSAMIENTO

Por la libertad de pensar, los grandes génios como Budha, Confucio, Sócrates, Hipatia, San Pablo, los primeros cris-

tianos que predicaron la Buena Nueva, Swedemvorg, y otros mil antiguos y modernos, trajeron á los hombres los progresos, desenvolvieron las facultades del espíritu, arrancaron á los pueblos de las sombras de supersticiones, y les mostraron la senda de sus destinos. Sin ellos viviríamos eternamente en el embrutecimiento, en la estupidez, en las tinieblas, ó en las esclavitudes. Todos los hechos progresivos de la historia son la elaboracion del libre-pensamiento, porque son el expediente de la naturaleza humana, que lleva consigo su libre albedrío, siente, juzga, compara, elige, y avanza de lo imperfecto á lo más perfecto, de lo exclusivo y bárbaro ó egoista á lo general, de lo opriamente á la libertad creciente, de la tutela agena al propio desenvolvimiento. El hombre necesita tanto menos ser gobernado por los demás cuanto mejor sabe gobernarse á sí mismo. Es la libertad como el despertar del sueño de la ignorancia. No puede haber instruccion sin libertad para aprender de los demás.

Toda la humanidad es libre-pensadora por necesidad y por ley natural, porque todos nos desenvolvemos en ideas, recibimos las nuevas de otros, progresamos, crecemos, no podemos sustraernos á la influencia de los tiempos; sin que el libre-pensamiento signifique la licencia desordenada de obrar al capricho, sino segun la moral y la ciencia progresivas, que difunde la ley divina.

Con conciencia ó sin ella todos obramos con libertad de pensamiento. Por ella, unos concilios de cualquier secta emiendan ó perfeccionan los acuerdos de otros concilios anteriores, lo que en un siglo es santo, meritorio, de moda, ó legal, como la vida cenobítica, las cruzadas, ó la inquisicion, en otro es ridículo, absurdo, prohibido, horripilante, ó criminal.

Por el libre-pensamiento los esclavos rompen las cadenas de la ergástula; los siervos de la gleba se emancipan del feudo y de jurisdicciones degradantes; los filósofos salen de la tutela inmovilista en todas las edades; los moralistas, legisladores, militares, políticos é innovadores de costumbres, cambian de conducta, varian las enseñanzas, dictan leyes distintas, y gobiernan mejor, porque cambian las necesidades humanas y es preciso amoldarse á ellas y recibir los adelantos superiores. Oponerse á esa marcha fija de la historia,

es salirse de la vida real y correr tras de aventuras y desengaños. Desconocer esos hechos es desconocer la historia, la naturaleza humana, y las nociones más someras de las leyes de la vida social.

Por el libre-pensamiento, costumbres, tradiciones, ritos y ceremonias, mueren y nacen, como mueren y nacen las civilizaciones, y así todo se renueva en el espíritu de la humanidad, como se renuevan los elementos de todo el dinamismo universal.

Por el libre-pensamiento las ciencias físicas realizaron sus prodigios, y las políticas y morales dieron códigos cada vez más humanos.

La oposicion al libre-pensamiento, sin distinciones, ha sido inmoral en todas las edades de la humanidad, porque la ha retenido en el atraso y el mal, poniéndola trabas para abrazar lo mejor. En todos los tiempos fué esa oposicion contraria á la razon y leyes de la lógica, porque retuvo los entendimientos en el estrecho criterio de partido, casta, secta, raza, ó familia de cuerpo docto, y no dejaba con su ciego y apasionado despotismo, que los hombres se elevasen al espíritu universal de humanidad, que abraza edades, escuelas y razas como hijos todos de un solo Creador. Siempre fué esa oposicion criminal cuando torturó á los mártires del progreso, llevándolos al circo, á la hoguera, ó al escarnio, como todavía sucede en algunos países; cuando entorpeció las leyes del natural sentimiento; cuando puso límites arbitrarios á los deberes, que enardecian el sagrado oráculo de la conciencia agena, sin discurrir que si no podemos prescindir de la libertad en nosotros mismos, bajo ningun pretexto puede nadie hacer negativa en los demás su propia espontaneidad, que tiene su ley legítima de manifestacion. ¿No vemos la variedad inmensa de creencias en todos los hombres, múltiples como las flores del campo, y como ellas aspirando cada una á ser la más bella y la predilecta del Creador? ¿Qué aberracion oscurece á los espíritus para imaginarse la uniformidad invariable, cuando en ellos mismos rigen las leyes de progreso, de variedad y perfeccion, y el cambio incesante de ideas?

El libre-pensamiento se apoya en la ley de libertad, en la ley de variedad, en la ley de progreso, en la divina y poética inspiracion que rige la vida universal. Es mil veces santo porque fué creada por

Dios. Los que le combaten combaten la obra de Dios y se combaten á sí mismos, porque ellos son tambien libre-pensadores, y no pueden arrancar de su corazon lo que les obliga á un deber que repugnan.

Todos somos libre-pensadores. Lo son los masones, espiritistas, protestantes, escritores, vendedores, y lectores de periódicos, y libros de todas clases, los filósofos de todas las escuelas, los economistas, los propagadores de bíblias, los socialistas y demócratas. Lo son los gobiernos y ministros de Fomento de Europa, que en las cátedras subvencionan las enseñanzas y ciencias libres como la cosmografía, la filosofía racionalista, la química, la geología, y otras; en las bibliotecas oficiales propagan la historia lata con todas sus lecciones provechosas á la vida donde se señalan los mil errores de los hombres, que más han pretendido de maestros: Son libre-pensadores, los gobiernos, que consienten en academias y ateneos la ciencia y la discusion libres, y con cuyos procederes, se honran y están conformes, dando un culto á la ciencia, aunque en el pueblo opriman las manifestaciones que en ellos son lícitas. Son libre-pensadores, los curas de todos los países, que comen con el dinero de los pecadores persistentes en su libertad de pensar y obrar, no denigrándose al tocar el dinero del condenado, y al alimentarse de sus saludables beneficios.

Los misioneros que van de un país á otro son libre-pensadores dobles: lo son respecto á las creencias establecidas y corrientes entre los indígenas, por cuanto llevan allí el libre-pensamiento exótico; y lo son respecto á sí mismos, por cuanto reciben las buenas ideas del otro país que no pueden evitar, y de paso el dinero de sus servicios, que de ningun modo repugna á los escrúpulos de su pensamiento.

Son libre-pensadores los políticos, que desean la libertad; ó los apóstoles que predicán el evangelio puro de Jesús, y los que lo predicán adulterado, unos y otros en uso de su derecho bien ó mal interpretado.

Descendiendo al mal uso del derecho, tambien son libre-pensadores y obran en virtud de su capricho ó interés mediante su libertad sin temores, los mercaderes, que sin conocer sus deberes, no se arrepienten de sus fraudes; los paganos, que predicán de palabra y obra contra la moral evangélica de espíritu, humanidad y caridad, tole-

rancia, paciencia, y ejemplo en las virtudes; los explotadores, que especulan embaucando al ignorante y burlándose de su sencillez; los murmuradores contra algunas leyes civiles; los ilógicos, que no reciben reformas en sus creencias mil veces reformadas por ellos mismos, y que llevan la reforma donde no los conocen para dominar á discrecion, sin admitir la más leve enseñanza agena sinceramente reconocida, aunque en esto vaya el progreso de toda la humanidad, y la paz de los pueblos.

Todos somos libre-pensadores dentro del derecho universal. La libertad está en la naturaleza humana y repetiremos que no están exentos de ella los mismos que en las sectas rusas, asiáticas ó africanas, ahogan la verdad por perpetuar el monopolio de dirigir conciencias y pueblos.

Los que en todas las edades históricas y en todas las naciones y aldeas, no quieren el libre-pensamiento, ni para los demás ni para ellos mismos, deben mostrarlo abdicando por completo el derecho de emitir toda opinion, absteniéndose de todo propósito de dominar á nadie ó de enseñar, porque si llevan una idea extraña á otros se ponen en contradiccion consigo mismos. Deben demostrarlo abandonando toda regla de crítica, de buen sentido, y dejarse conducir ciegamente por donde los lleven, aunque sus actos se asemejen á los del esclavo ó del irracional.

Pero si esto es imposible, y quieren para los demás lo que para ellos mismos estiman, deben en justicia y caridad no pretender la locura de que otros vivan sin sentimientos y juicios propios, lo que para ellos es mutilar su naturaleza, deprimir sus derechos, y no dignificar la razon, facultad suprema, que para progresar sus virtudes y ciencias concedió Dios al hombre.

MANUEL NAVARRO MURILLO.

EL EQUILIBRIO DE LA NATURALEZA

No hay animal más frugal y más atrevido que la cabra, y no obstante este inofensivo é idílico sér ha causado probablemente en el mundo más ruina y desolacion que todas las guerras y las pestilencias. A primera vista esto parece exagerado, pero si bien se considera es sin duda una de las

más interesantes observaciones que nunca se haya hecho acerca de las ocultas influencias que mueven perpétua é invisiblemente la bien arreglada y equilibrada economía de la naturaleza. La cabra ha destruido regiones enteras de terrenos arbolados. Los corderos y las gacelas pacen en la yerba y otros pequeños herbages. Pero la cabra, un animal montañés, acostumbrada á los áridos peñascos en donde no hay ni céspedes ni yerba y que se alimenta de las hojas secas de los arbustos, apenas entra en terrenos en donde la vegetacion florece, corre á los jóvenes árboles y frescos retoños devorándolos tan rápidamente que se hace imposible la reproducción. Con el tiempo mueren los árboles y las colinas una vez verdes y llenas de vida se quedan desnudas, expuestas y sin sombra.

Esto no es todo. La raíz de los árboles que se expande en la tierra, sirve para mantenerla compacta y firme, é impedir que las lluvias la arrastren. Ya se sabe que en países montañosos las colinas arboladas son las que la vegetacion adorna solamente; la tempestad y las lluvias torrenciales arrastran la tierra y dejan desnudos los ásperos y áridos montes, que han perdido además el poder de atraer las nubes y las lluvias para fertilizarlos. Los árboles son colectores de humedad; un suelo húmedo, abrigado por la sombra del follage es necesario para mantener una cierta cantidad de evaporacion y por consiguiente de lluvia, y las escabrosas cimas desnudadas por las cabras de sus jóvenes árboles cesan de efectuar su funcion original y atraer la lluvia. De esta manera se cree que la mayor parte de los montes del Asia Menor, Italia Septentrional, España y Africa del Norte han perdido sus forestas primitivas y hecho árido su clima por la simple introduccion de la cabra. Y sin embargo parece una cosa muy sencilla é inocente dejar unas docenas de cabras pacer libremente en una colina arbolada. ¿Quién podría imaginar que éstas llevan la desolacion del desierto en un terreno verde lleno de vegetacion y de vida?

Es siempre así en la naturaleza. El mundo que nos rodea es toda una masa intrincada, un sistema compuesto de partes innumerables, cada una de ellas tan bien ligada á la otra que imposible es alterar una de las piezas sin trastornar la armonía del todo. La naturaleza es una inmensa red que continuamente trabaja, que dá y recibe, que alimenta y mata, y

destruye á los que alimenta; si matais al gorrion y á otros pajaritos aumentan extraordinariamente los gorgojos y otros insectos. De otro lado sufren las plantas y las frutas; si secais los pantanos trastornais el equilibrio de vida del entero distrito: con el agua van los peces y las plantas acuáticas; donde no hay peces no hay garzas, ni aves de caza. Las aves que buscan los insectos en el fango se van á otra parte; las ranas, los sapos, las moscas pierden sus nidos; desaparecen los mosquitos y con ellos las golondrinas que con su boca abierta los buscan. En este mundo así compuesto es imposible de alterar un elemento solo sin perturbar el equilibrio de toda la naturaleza en miles de partes. Es imposible hasta de matar una mosca ó un conejo sin revoltar el mundo que nos rodea. La más pequeña flor debe su existencia á un insecto insignificante, al mismo tiempo que su destruccion á otro. Nos es imposible de solamente llevar á cabo el exacto y simple resultado que individualmente deseamos; todos nuestros pasos positivos arrastran innumerables consecuencias que imprevistas se anteponen al humano poder de nuestros cálculos. Nada en el mundo se sostiene aislado en su mismo dominio; cada hecho cada objeto forma parte de un inmenso y continuo entero, variado infinitamente é infinitamente entrecortado. Cada existencia tiene un sinnúmero de relaciones no solamente con otras que la rodean, sino con un grupo entero de existencias que encuentra á cada lado. Es un error comun de la raza humana de descuidar este vasto y maravilloso compuesto de la naturaleza, de suponer que puede tratar los hechos separadamente y despreciar la inmensa série de consecuencias lejanas que necesariamente resultan de cada accion. Semejante atentado es fútil y lleva siempre consigo su condenacion. Todas nuestras obras siempre arrastran resultados mayores de los que nos proponíamos, y una série de efectos distantes sobre cuya existencia no habíamos nunca contado.

UNA SUPOSICION Y UNA DUDA

Segun la teoría de Darwin, antes de llegar el género humano al punto de perfec-

cion y desarrollo que alcanza en nuestros dias, ha debido recorrer en generaciones anteriores, todas las gradas de la escala zoológica.

Uno de los principales fundamentos en que el autor apoya su teoría, está basado en la embriogénia.

Resulta, en efecto, de modernos estudios embriológicos, que desde que el hombre está representado por la mancha germinativa hasta haber adquirido la forma que ha de conservar, adopta sucesivamente y de una manera transitoria, la que es definitiva para animales á él inferiores.

En nada se diferencia el óvulo humano del de los demás animales, y en los primeros tiempos del trabajo evolutivo imposible seria aun para el más familiarizado con esa clase de estudios, el distinguir el embrion humano, de cualquier otro embrion.

A medida que progresa en su desarrollo el germen humano, va adquiriendo nuevos órganos, similares á los de animales sucesivamente superiores, llegando por último á la perfeccion que le es propia.

Lo mismo que en el hombre pasa en los demás animales, es decir, que todos atraviesan en sus metamorfosis embrionarias las formas de órdenes inferiores, antes de llegar á su propia forma.

Esto parece indicar que un solo y mismo plan es el que preside á la formacion de todos los seres.

Mientras de los llamados irracionales se trata, todos están contestes en afirmar que lo que distingue á unos animales de otros, es solo diferencias en grado de tal ó cual aparato, órgano ó detalle de órgano, mas divídense los pareceres cuando se quiere hacer extensiva al hombre esta aplicacion, pues mientras quieren unos que sea el hombre un animal más ó menos perfeccionado, pretenden otros que se diferencia de todos ellos por esencialísimos atributos que le hacen acreedor á figurar en un reino aparte.

Los primeros dan por progenitor al hombre, directamente un mono antropomorfo de una raza ya estinguida, é indirectamente al primer animal que tuvo al mundo por morada y que debió pertenecer á un orden muy inferior. Los segundos lo hacen brotar ya perfecto al divino soplo de la potencia creadora.

No ha de ser el peso de nuestra opinion el que incline la balanza, y por lo mismo

nos abstenemos de manifestarla. No es tampoco la teoría de Darwin lo que nos proponemos defender, ni combatir, ni menos discutir; intentamos saber si es más honroso y digno ennoblecer con nuestra perfección á nuestros abuelos ó creernos por su origen ennoblecidos. Es solo nuestro propósito entrar en cierto orden de consideraciones resultantes de lo que hasta aquí hemos expuesto, dejando al buen criterio y sana razón de nuestros lectores el sacar las consecuencias que crean legítimas y oportunas.

Si en cualquier período de la evolución se suspendiese por cualquier causa el desarrollo de algún órgano, aparato ó grupos de aparatos y esta suspensión y la causa que la motiva fuesen compatibles con la vida, y si los órganos que no se han desarrollado ó lo han hecho incompletamente, fuesen los que nos sirven para hacer la distinción entre el orden, género, especie ó variedad de la escala animal, tendríamos que el hijo no pertenecería á la variedad, especie, género ú orden de los padres, pues que carecería de los caracteres que á ellos distinguen.

Supongamos que se trata del hombre y que por una de estas causas, hasta el presente desconocidas, se perturba en parte y en parte se suspende el trabajo evolutivo, y que en vez de desarrollarse la mano con los dedos libres y el pulgar oponible, haya carencia de éste y los demás permanezcan unidos con una membrana, que el hueso coccis continúe creciendo hasta tomar las apariencias de una cola, cuyo rudimento en verdad representa, que permanezcan los ojos inclinados, que se prolonguen las mandíbulas y lleguen á faltar los caninos, que quede la nariz aplastada, que se cubra de vello el cuerpo, y que por último, el cerebro en vez de alcanzar su grande volumen, su riqueza en sustancia gris y las múltiples, profundas y sinuosas circunvoluciones de que ordinariamente está dotado, por efecto de la suspensión de que hablado hemos, quede semiatrofiado, esté casi desprovisto de sustancia gris y presente una superficie poco menos que lisa, y que á consecuencia de ese estado imperfecto del cerebro resultare como resultará, que no se encuentre en el individuo el más leve asomo de inteligencia, que sea incapaz de articular una palabra, que no dé señal alguna de memoria, que no sepa manifestar ni atender á sus nece-

sidades, que no tenga en fin ninguno de los atributos con que se diferencia el hombre de los demás seres; cuando esto suceda, preguntamos ¿en qué ley, en qué base, en qué fundamento, en qué raciocinio nos apoyaremos para considerar á este ser, superior á los demás animales y digno por consiguiente de formar reino aparte y apellidarle pomposamente *homo sapiens*?

Se nos objetará, lo sabemos, que nunca tiene lugar un tan completo trastorno como el de que acabamos de hablar, más aun que así sea, quede el argumento en pie, pues nadie podrá negarnos que si no encontramos tantas faltas reunidas en un solo individuo, tenemos todos los días acasion de observarlas repartidas en sujetos diferentes, lo que no sucedería seguramente si algo tuviera de esencial.

J. SALVAT.



EN LAS ORILLAS DEL MAR

A mi amigo, el poeta José María de la Torre

I.

¡Qué hermosas son las costas españolas!

Cuando ya el sol desmaya
enrojecidas las hinchadas olas
se vienen á romper sobre la playa,
y con sordo mugido
después que alcanzan la mareada raya
vuelven deshechas á donde han nacido.

¡Cómo se ensancha el alma en el mo-
(mento

en que lejos del mundo,
dejo volar mi inquieto pensamiento
mirando aquel Océano profundo,
que ora quieto, ora airado,
en negra noche ó en sereno día,
produce una constante sinfonía
de varios tonos, de diverso acento,
que marcha acompasado
de blanda brisa ó de huracán violento!

Allí mi muerta inspiración renace;
allí al tranquilo arrullo
del agua que en la arena se deshace,
en cantares diversos
brotan como la rosa del capullo
de mi mente mis versos.

Allí siento una grata bienandanza
mirando en lontananza
surgir del mar á la latina vela;
viendo la nave al fin, que cual la pluma
sobre el inmenso azul ligera avanza
dejando larga estela
que su quilla formó de blanca espuma,
y que doró en su paso
el sol al descender hácia el ocaso.

No puedo comprender como el marino
sobre un monton de tablas se aventura
teniendo el mar inmenso por camino;
parece una locura
que cuando sopla huracanado el viento
se lance á la ventura
sobre el mar proceloso:
más.... ¡ay! falta á sus hijos el sustento
y el marino es buen padre y buen esposo.

Alguna nave que á la mar se lanza
henchida de esperanza
y que es hoy de las olas vencedora,
mañana toda rota
vencida por la mar devoradora
se hundirá á descansar sobre la arena;
siendo la blanca y rápida gaviota
el único testigo de la escena,

II.

Ya se levanta el sol entre la bruma,
ya van los pescadores
cantando por la orilla,
moja sus pies descalzos blanca espuma,
los más madrugadores
ya empujan mar á dentro su barquilla
que es de poco calado,
y que vendrá repleta de pescado
casi rozando el suelo con la quilla.

Se quedan en las chozas las mujeres
y los padres ancianos, no pudiendo
acompañar al hijo en su faena;
las hembras con domésticos quehaceres
y los viejos las redes componiendo
tendidos en la arena
entonando canciones
ó narrando marinas excursiones
de otros tiempos.

Se van junto á una charca
los tiernos niños por el sol tostados,
y á sus juegos, felices, entregados
en ella botan su pequeña barca;
mientras otros mayores

de agua y cieno manchados
se ocupan con afan en sus labores.

Todos exploran con inquietos ojos
el horizonte que su vista abarca
al declinar el día;
ya ven venir la barca
del sol que muere á los reflejos rojos
triunfante siempre de la mar bravía.

Ya está en tierra el marino deseado
que partió al despuntar de la mañana,
la barca tiene llena del pescado
que ha de vender en la ciudad cercana;
aun mueven muchos la argentada cola
cuando á tierra los saca
cantando alguna tierna barcarola
que acompaña el mujir de la resaca.

III.

¡Adios, playas hermosas
que conteneis las olas encrespadas!
¡Adios, naves graciosas!
¡Adios, aguas azules y rizadas!
Tus olas son movibles panteones
de la nave en tu fondo sumergida;
mas no increpo tu fúria en mis canciones,
que naufragan tambien los corazones
en el mar proceloso de la vida.

N. de Loyva y Discarzo.

DOS CARTAS

(NARRACION CONTEMPORÁNEA)

I.

Con gran asombro de todos cuantos le
conocíamos, el amigo Juan Perez cambió
de carácter de una manera tan completa
como radical.

A su buen humor sucedió una insufrible
misantropía que le presentaba á los ojos
de todos como un sér que huía de toda
sociedad.

Cuando un dia le preguntamos todos
sus amigos qué era lo que motivaba aquel
extraño cambio, contestó con un acento

trémulo que allá en su fondo tenía algo de extraño y conmovedor.

—Me sucede que la fatalidad ó mi mala estrella se han conjurado para acabar conmigo. Estoy enamorado de una mujer que hasta ahora se presenta imposible para mí. Pero yo batallaré con todos los obstáculos que se me presenten y lograré mi deseo si es que no me estrello al querer escalar el cielo.

Y no dijo más. Todavía le vimos algunas pocas veces despues del día en que nos hizo tal confesion, pero de repente desapareció y en muchos meses nadie supo más de él.

Unos aseguraron que había muerto, otros que estaba viajando por el extranjero, pero lo cierto es que nadie daba ninguna noticia cierta ni creible del paradero de Juan Perez.

Un día, por fin, nos dieron de él una noticia que por cierto no aguardábamos.

Nuestro amigo estaba en un manicomio francés.

Nada pudimos saber sobre las causas que habían arrastrado al infeliz á tan deplorable estado, escepcion hecha de dos cartas cuya copia nos entregó el mismo que acababa de darnos la noticia.

Las tales cartas habían sido encontradas en sus bolsillos, el día en que le recogieron completamente loco en una calle de París.

Separadas no decían nada que diese un poco de luz al asunto, pero unidas y con un ligero esfuerzo de la imaginacion del lector, delataban uno de esos dramas que continuamente pasan en el seno de la sociedad sin que ésta se dé apenas cuenta.

II.

Sr. D. Juan Perez.

No era necesario que usted me dijese de la manera como me conoció, pues yo me acuerdo muy bien. Hace pocos meses (ó sea cuando yo cantaba en el teatro de su ciudad natal), recuerdo que una noche en que ensayaba mi papel de Leonor en *Il Trovatore*, un hombre desde el balcon situado frente al de mi habitacion me escuchaba delirante y oprimiéndose fuertemente el pecho. Aquel hombre era usted, que desde entonces me ama con verdadero frenesí hasta el punto de seguirme á París á pesar de su modesta posicion (lo

sé todo). Pero yo para amar á un hombre necesito además de amor algun sacrificio grande que le sublime ante mis ojos. A usted se le presenta una buena ocasion para lograr esto. Habrá usted visto un caballero algo viejo y de adusto rostro que siempre viaja conmigo; pues bien, procure usted no olvidar su semblante, pues entra para mucho en el objeto de ese sacrificio que le propongo. Esta noche venga usted á verme y le diré en qué consiste hasta en sus menores detalles. Le advierto para que no se asombre de lo que le diré, que soy hija de Nápoles y por mis venas corre la valiente sangre de los ardientes defensores de la *vendetta*. Hasta la noche.

Herminia.

III.

Caballero español: Por lo bien que habeis cumplido mis deseos os daria, si pudiera, mil abrazos; pero no puedo porque á estas horas me separan de París algunas leguas.

Conforme me prometisteis hace pocas noches, retasteis al caballero viejo que me acompañaba, y hoy le habeis dado muerte en un duelo. ¡Dios os pague tan buena accion! Mi marido (pues habeis de saber que estaba casada con vuestra víctima) era un horrible celoso que no me permitia la menor distraccion con un joven *yanke* á quien amo, y el cual me acompaña en estos instantes camino de América.

Juzgad, pues, ahora el inmenso favor que habeis hecho á esta infeliz. De puro agradecida que os estoy me siento con intento de enviaros adjuntos á esta carta algunos billetes de mil francos, pero los españoles sois soberbios como D. Quijote, y de seguro que diriais vos que os tachaba de rufian que vende su brazo.

Adios, señor de Perez. Creo que os habeis curado del estupendo amor que profesabais á

Herminia.

IV.

Es indudable que cuando Juan acabaria de leer esta última carta, sentiria su cerebro invadido por las sombras de la locura.

Vicente Blasco Ibañez.